

tenko á veces no se entendía el significado de alguna intempestiva pregunta; el jefe de aquel centro no perdonaba medio para esclarecer las dudas, y no cesó de escribir durante todo el sitio, desapareciendo siempre modestamente detrás del general, con objeto de que no hubiera reclamaciones.

Los hechos del general Kondratenko han sido apreciados en todo su valor; pero ¿lo ha sido igualmente en la personalidad del general? Este fué muerto en el fuerte número II.

El general fué ante todo un ruso y se consagró por entero á los patriotas rusos, á su patria.

No guiaron otros móviles al verdadero héroe ruso Román Isidorovitch, que los de luchar sin tregua contra nuestros obstinados enemigos; combatió, sin que al morir pudiera prever el resultado de la guerra; y quiso únicamente cumplir todos sus deberes, y luego morir. Nunca creyó en la bondad de los planes del general Kuropatkin; y cuando más adelantados los ingleses elogiaron la retirada de Liao-Yang, Román Isidorovitch movió la cabeza en señal de desconfianza, y dijo: «Puesto que los ingleses nos elogian, no hemos hecho lo que debíamos; la victoria no se alcanza de este modo, aunque lo digan los discursos».

El conocía que era el alma de la fortaleza, y no pudo ver impasiblemente cómo se estrechaba el anillo, que ahogaba á Port-Arthur más y más cada día. Afrontó la muerte, fué en su busca, sí, fué en su busca, no ocultándose á ella, y vendió caro cada palmo de terreno que cedía al enemigo.

Murió en la temible fortaleza—en el fuerte número II donde corrió á torrentes la sangre japonesa;—murió á pocos pasos de los japoneses, que se encontraban ya en el fuerte, y, fusilados por los tiradores rusos, no se atrevían á levantar la cabeza; murió antes de verse sometido á la más terrible prueba: ver al enemigo dentro del recinto de la plaza.

Sus restos mortales han sido conducidos á Rusia.

El enemigo formó las tropas é hizo honores militares al cadáver, deseando perpetuar su memoria en Port-Arthur, y llevándolo á la casa donde vivió el general... Pero ¿cumplió así los deseos del difunto héroe? Si abandonara su tumba en medio del silencio que

ha sucedido al fragor del combate ¿no se estremecería su espíritu recordando los juramentos que le hicieron en los campos de Port-Arthur las víctimas de la guerra?

¿No quiso oír el fragor de los cañones, ni ver el brillo de las bayonetas reflejar sobre las caras de sus amados tiradores regresando triunfantes á aquella plaza rusa, rodeada de cadáveres enemigos? Así pues, ¿cuándo sus venerandas cenizas serán restituidas á la patria?

Digámosle todos, de pie ante su tumba: ¡Descansa en paz!

P. V.

(Traducido directamente del ruso por J. A.

## ANÉCDOTAS DEL SITIO DE PORT-ARTHUR

### I

#### EL AMOR AL JEFE

Uno de los oficiales subalternos del 26.º regimiento de tiradores de la Siberia Oriental, estaba al frente de un destacamento de exploradores con los que compartía las penalidades y peligros; tenía la misión de proteger tres fuertes y tres obras de campaña, cuando el general Stössel lo envió al fuerte número II.

Entristecidos los soldados, no querían separarse de su comandante. Al despedirse del destacamento, el oficial le expresó el gusto con el cual iría á afrontar la muerte con su tropa, en cualquier punto y en cuanto se le ordenase.

Los voluntarios le pidieron que hiciera presente al general el deseo que tenían de acompañarle, y uno de los soldados le dijo: «Vuestra Nobleza, yo os pido que no nos abandonéis.» Sonriéronse los tiradores, y sonrióse también el oficial.

Dos semanas después, el oficial incorporose á su destacamento, por orden del general Stössel, y de nuevo se reunió con sus soldados. He aquí lo sucedido.

Destinado en la Montaña Vieja recibió una comisión para el general Stössel, y se presentó en el alojamiento de éste. En el trascurso de la conversación, el oficial pidió ser destinado con sus tiradores al sitio de mayor peligro. El general respondió que le enviaría al fuerte número II, el fuerte temido, en el cual la guarnición se jugaba la

vida continuamente; después hizo que se le presentaran los tiradores, y les dijo: «¡Muy bien, hermanos! ¿No amáis tanto á vuestro jefe, que os es imposible vivir sin él? Qué Dios os proteja, y sabed que habéis sido destinados todos al fuerte número II.»

—«¡Estamos prontos, Vuestra Excelencia!—exclamaron los soldados—¡Mandad y obedeceremos!»

—«¡Id, hermanos—concluyó el general;—vuestro jefe no se separará de vosotros. En el fuerte número II hay guarnición; vosotros iréis allí, y lo defendereis hasta morir.»

### II

#### EL INSULTO Á LOS VALIENTES

Los japoneses atacaron las trincheras si-



El muro del cementerio de Port-Arthur, organizado defensivamente

tuadas delante del fuerte número III. Dirigió el combate el coronel del 26.º regimiento de tiradores de la Siberia Oriental, Organoff, una de cuyas compañías estaba en las trincheras. De pronto el coronel exclamó: «¡Corred, cobardes, corred!» Y efectivamente, doce tiradores habían abandonado los atrincheramientos y huían. Inmediatamente, el encolerizado coronel relevó con otros contingentes á esos tiradores, ante los otros sorprendidos y maravillados de lo sucedido.

Después, el coronel mandó coger los fusiles de los que habían huido, y los hizo poner á vanguardia, sobre una colina situada en el flanco que los japoneses cañoneaban con más violencia y al que llegaban ya las tropas enemigas.

Los soldados que habían huido se precipitaron entonces hacia delante, y, dejando

atrás las trincheras, recobraron su armamento y repelieron el ataque japonés.

—Lo que acabáis de hacer os redime de vuestra falta, valientes; y con una docena de vosotros tendría bastante el coronel Alejandro Petrovich Organoff, para defender el centro y la Montaña Alta.

### III

#### EL TIRADOR

En el último periodo del sitio, durante los asaltos contra la Montaña Alta, en el mes de Noviembre, llamó la atención del coronel Organoff un cierto tirador, quien, en la acción que tuvo lugar en aquella escarpada altura, se separó de las filas, se agachó, bajó su fusil, disparó, y encorvándose partió hacia adelante: todo esto en

medio de un fuego aterrador. La conducta del soldado despertó la curiosidad del coronel, el cual llamó al tirador y le preguntó qué era lo que había hecho. «Los japoneses se acercaban, y he despachado una docena», respondió el tirador, que era de corta estatura y parecía enfermizo.

El coronel Organoff miró de reojo al tirador, y se acercó á la ladera; y, en efecto, un poco más abajo, á los pies del soldado, se veían tendidos 12 á 15 cadáveres japoneses, derribados por las certeras balas del tirador; aquel lugar fué llamado «el lugar de la muerte.»

El coronel Organoff refirió este hecho al general Stössel, y el tirador fué recompensado con las insignias de la Orden Militar.

## RESUMEN DE LA GUERRA

## II

## Port-Arthur

Más que las batallas de Liao-Yang, del Sha y de Mukden; más que la invasión de Sajalin; más que el extraordinario crecimiento de las fuerzas militares del Japón, en virtud de las reformas en las leyes de reclutamiento, ha influido Port-Arthur en el curso y en el resultado de la guerra. Hubiera ésta terminado por una victoria decisiva en los campos de batalla, y el asedio de aquella plaza famosísima no fuera más que un accidente de la campaña. Pero esa



Tumba de soldados rusos muertos en el segundo ataque contra la Montaña Alta

victoria decisiva fué punto menos que imposible, merced á la intervención de Port-Arthur.

Ante los muros del baluarte ruso pereció lo más florido del ejército japonés; las mejores tropas, sumas fabulosas, y los acorazados más potentes, desaparecieron antes de que la bandera del Sol Naciente tremolase en aquellos fuertes atacados heroicamente y con no menor heroísmo defendidos; y el ejército de Oyama quedó privado del concurso de valiosísimos elementos, únicos que podían haberle aquistado la victoria cuando aún las tropas de Kuropatkin eran pocas y carecían de sólida organización.

Y en Port-Arthur se hundió la flota moscovita; allí tuvo su origen la desgracia que más adelante se cernió sobre Rojestvensky;

y en Port-Arthur perdió su supremacía naval Rusia, dejando el mar abierto al enemigo y poniendo al ejército de Kuropatkin en la imposibilidad material de abatir de un modo definitivo á su adversario.

Ante todo: ¿se equivocaron los japoneses poniendo cerco á Port-Arthur, y se equivocaron los rusos manteniéndose allí?

Muchos, muchísimos críticos, han reprochado á los japoneses la conducta que siguieron ante Port-Arthur. A juicio de esos escritores, bastaban unos cuantos miles de hombres para aislar la plaza, y el verdadero sitio de las tropas de Nogi no era otro que el ocupado por los demás ejércitos de Oyama. Todo juicio sistemático es

casi siempre fatalmente falso. Los prejuicios contra las plazas fuertes movieron á los críticos, y apartándose de la realidad, disertaron en abstracto, sin hacer aplicación á un caso concreto y determinado.

Si Port-Arthur no hubiese sido vigorosamente atacada, Stössel habría resistido fácilmente, y al llegar la paz Rusia, siempre dueña de Liao-Tung, conservara una posición que constituía un peligro permanente para el Japón y Corea. ¿Se ha reflexionado, además, en la situación de Togo, si al llegar al mar del Japón Rojestvensky con sus barcos, los acorazados de Port-Arthur hubiesen atraído hacia sí la mitad de la escuadra japonesa? Destruída ésta, y condenados á la muerte los ejércitos japoneses de la Mandchuria, aislados de su patria, el Japón, más que derrotado, se habría visto

amenazado en su misma existencia nacional.

Bien obraron los directores de la guerra: Port-Arthur, por su situación excepcional, y por abrigar en su rada la única escuadra rusa del Extremo Oriente, era un objetivo más importante y de consecución más urgente que una victoria en la Mandchuria. Kondratenko frustró en parte los designios japoneses, y los hubiese esterilizado totalmente á no mediar la torpeza y la ignorante soberbia de los marinos rusos. Aún así, ha sido preferible para el Japón que la guerra terminase sin victoria, á que concluyese con ella, pero siguiendo Port-Arthur en manos de los rusos y con los barcos á flote, en disposición de combatir.



Cadáveres japoneses al pie de la Montaña Alta, después del segundo ataque contra esta posición

Como en las operaciones de la Mandchuria, equivocáronse los japoneses en la conducción del sitio. Este era necesario, pero los métodos empleados no fueron los más adecuados; y de esa equivocación dimanó el resultado poco positivo de la guerra.

Solo las personas que no conocen el carácter de las plazas modernas pueden afirmar que Port-Arthur era una fortaleza excelente, á la altura de las necesidades de estos tiempos. Al comenzar el sitio apenas había un fuerte terminado; no se disponía de un solo blindaje ó de un abrigo á prueba de los proyectiles de grueso calibre; las baterías no tenían escudos, cúpulas, ni otros medios de protección, en muchos casos, que los improvisados parapetos de sacos terreros; se carecía en absoluto de un sistema de contra-minas; abundantes las

piezas de mediano y de pequeño calibre, las de calibre superior eran contadísimas é insuficientes á todas luces; apenas estaba empezada la red de comunicaciones entre los fuertes, unos con otros, y con la plaza; y para terminar: en unas obras no se habían abierto aún los fosos, en otros estaba sin construir el frente de gola, y en muchas faltaban los alojamientos y los repuestos generales.

Las obras defensivas estaban simplemente bosquejadas, y fué menester acudir á los procedimientos de campaña, y á otros sugeridos por las circunstancias. Pero en la plaza alentaba un alma á prueba de contrariedades y obstáculos: el inmortal Kondratenko. No pudiendo confiar en las cua-

lidades defensivas de los fuertes—por las razones apuntadas,—Kondratenko los completó á todo prisa de un modo provisional, y les reservó el papel de servir de eje y centro á la resistencia. Llevó la defensa al exterior; donde quiera que cupo una trinchera, fué abierta y guarnecida; alzáronse reductos y lunetas, sembráronse de baterías y cañones las avenidas de los fuertes, y para llegar á ellos los japoneses tuvieron que reñir innumerables combates, vencer incabables dificultades, y regar aquellos campos con torrentes de sangre de los más escogidos soldados samurai. No resistieron los fuertes como hubieran resistido de haber reunido las condiciones que la ciencia impone; pero el resultado estaba conseguido: la quinta parte del ejército japonés pereció en Port-Arthur, y Oyama no pudo ya

lograr aquella manifiesta superioridad numérica que tanto ambicionaba y que constituía la base de sus planes.

Conocedores los japoneses—acaso mejor que Stössel—del mal estado de la plaza, imaginaron que un ataque á viva fuerza, emprendido con fuerzas suficientes, les llevaría al logro de sus propósitos; no contaron con las sobresalientes dotes que para la defensiva tiene el soldado ruso, ni sospecharon que la imprevisión moscovita, que había dejado semi-abandonada á la plaza, se trocara súbitamente en febril actividad, llenando de abrojos el camino que, para dar el asalto, debían seguir las tropas sitiadoras.

Los primeros ataques los llevaron á cabo los japoneses sin apenas preparación. No había llegado aún el tren de sitio, y las tropas de ingenieros constaban solo de las compañías afectas á las divisiones de campaña. Estos inconvenientes no se hicieron sensibles hasta el mes de Septiembre, porque las líneas avanzadas, donde se mantenía el sitiado, no tenían más que obras ligeras, artilladas con piezas de pequeño calibre. Pero á medida que transcurría el tiempo y el defensor se aproximaba al recinto de los fuertes, la intervención de estos en los combates y el esmero en el trazado y construcción de las obras cercanas á la plaza, aumentaron las dificultades del sitio, y, después de los asaltos de Septiembre, Nogi hubo de esperar, para proseguir con vigor el asedio, la llegada de artillería de sitio.

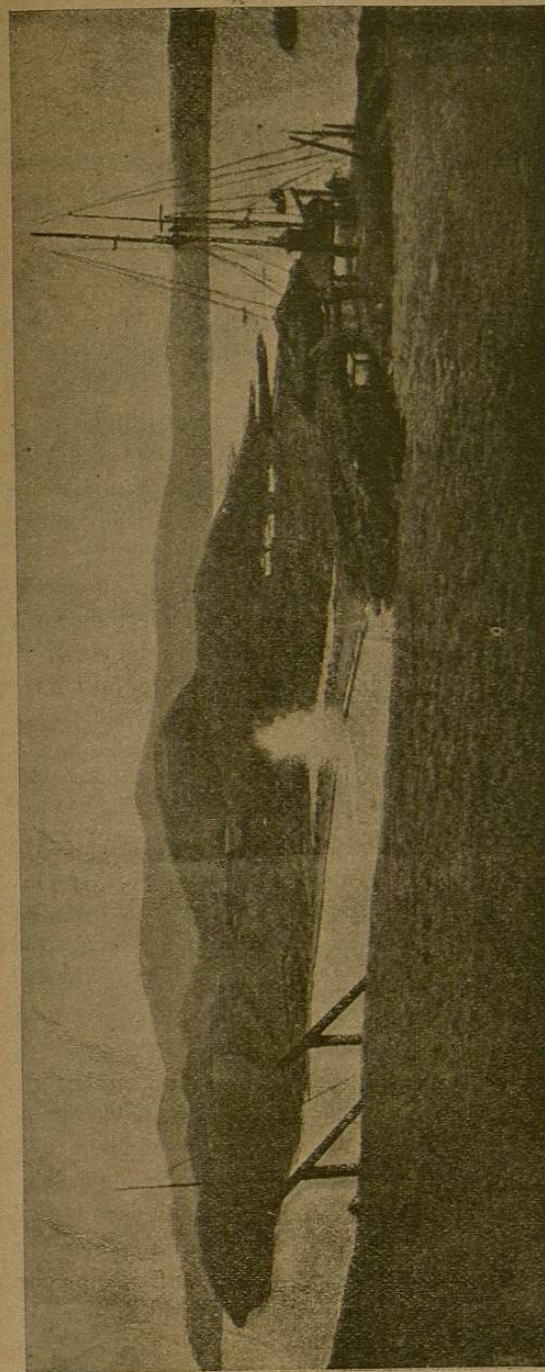
Desde la batalla de Kin-chau, en la que la división Fok se batió con las tres divisiones de Oku, comenzó á vislumbrarse lo que más adelante se ha sabido por los mismos sitiados. En los ejércitos japoneses no impera más que una sola voluntad: la del que manda. Generales, oficiales y soldados marchaban al asalto, en los meses de Agosto á Diciembre, persuadidos de que iban á la muerte, y, en efecto, la encontraron los más de ellos; sin embargo, no se levantó la menor protesta, hablada ó muda, ni las tropas demostraron vacilación ni temor; nadie vaciló en el cumplimiento de sus deberes, aún sabiendo que á menudo las órdenes de Nogi—debidas á imposiciones de Tokio—solo podían conducir al sacrificio de muchos millares de vidas humanas. En el ejército si-

tiador, el comandante en jefe pudo concentrar todas las facultades del espíritu en la obra de conquistar la plaza, y enderezar á este fin su voluntad de hierro, sin que le distrajera, ni le entorpeciera la más mínima dificultad emanada de sus propias tropas; sabía que podía mandar cuanto quisiera, aún lo más absurdo, y que su ejército agotaría todas sus energías en el cumplimiento de la orden, llegando hasta el límite de lo humano. No de otro modo hubieran sido posibles aquellos homéricos ataques, en uno de los cuales quedaron tendidas en el campo las tres cuartas partes de una división; y no de otro modo se concibe que viendo vacilar á una brigada, sobrecojida—al fin los japoneses son mortales—por el violento y certero fuego de los rusos, ordenara Nogi á su artillería que acortara el tiro, dibujando á retaguardia de la brigada que se retiraba una línea de fuego y hierro, formada por la explosión de los proyectiles japoneses.

Esta unidad de mando y la ciega confianza de las tropas en su general, son una de las primeras garantías del éxito, y ponen al caudillo en condiciones de ordenar sin reparar en sacrificios ni retroceder ante nada.

En la plaza, las cosas se desarrollaban de muy diferente modo. El general Smirnoff era gobernador y comandante de Port-Arthur; el general Stössel jefe de las fuerzas de operaciones de Liao-Tung; y el almirante Vitgeft tenía á sus órdenes la escuadra y los establecimientos navales; de modo que en los primeros meses hubo triple dirección en la defensa. Celoso cada general de sus propias atribuciones no toleraba la intromisión de los demás en lo que creía de su exclusiva competencia. El Tsar dispuso que Stössel, el general de superior categoría, asumiera el mando en jefe, y en la apariencia cesaron las desavenencias en el ejército, pero la marina continuó haciendo gala de independencia y sustrayéndose á las órdenes de Stössel, alegando que la escuadra no podía depender de nadie, puesto que su misión era abandonar el puerto para empeñar batalla con la flota japonesa. Vitgeft fué un elemento perturbador; no solamente no prestó el auxilio que debía á los defensores, sino que su vacilante conducta provocó el descontento de los comandantes de los bar-

cos, alentándoles á prescindir, en ocasiones, del almirante. Muerto Vitgeft y de regreso la escuadra en Port-Arthur, como consecuencia de la batalla del 10 de Agosto, el mando de Utonsky acabó de desmoralizar á



Caída de un proyectil en el puerto de Port-Arthur

la escuadra, que desde entonces cesó de ser una fuerza homogénea y organizada, y degeneró en elementos aislados gobernados por diferentes y aún opuestas iniciativas y pensamientos. Lo que su-

cedía en la marina abatió el espíritu de Stössel, á quien llegaban quejas y reclamaciones que no resolvió por carecer, á su juicio, de atribuciones, pero en realidad por no tener la entereza, rayana si es menester en el despotismo, que debe ser la primera cualidad del comandante de una plaza sitiada. Faltábanle además á Stössel los conocimientos técnicos necesarios para dirigir la defensa; de suerte que la obra que se le encomendó era muy superior á sus fuerzas, y su voluntad, demostrada al frente de una división, desmayó al verse comprometido en un empeño que muy pocos generales son capaces de realizar cumplidamente.

Esa relativa debilidad de Stössel, el mal ejemplo de la marina, el abandono en que Kuropatkin dejó á Port-Arthur, el mal estado de las defensas de la plaza y la falta de preparativos para resistir un sitio formal, desataron las imaginaciones de los generales, partidarios unos de encerrarse en los fuertes, tal como estuviesen, y aguardar allí al enemigo, é inclinados otros á prescindir de las defensas, y encomendar la suerte de la plaza al resultado de una batalla campal, de un nuevo combate de Kin-chau. Esta disparidad de pareceres se tradujo en tibieza en el cumplimiento de las órdenes ajenas, y en la falta de entusiasmo para coadyuvar á la obra común. Felizmente para Rusia, las tropas se mantuvieron apartadas de las rencillas y divergencias de sus generales, y si la dirección de la defensa sufrió un golpe mortal, no así la ejecución de ella, en la que desplegaron sus admirables cualidades las tropas del Tsar.

En estas circunstancias surgió de pronto con singular relieve la figura inmortal de Kondratenko.

Ingeniero militar y como tal conocedor de todos los recursos que pueden contribuir á la defensa de una plaza; oficial de Estado Mayor, y por consiguiente sin que tuviera secretos para él la dirección de

las tropas, ni el papel de cada arma y la acción combinada de todas; y acostumbrado al mando de la infantería, por ser jefe de una división de tiradores de la Siberia Oriental, el general Kondratenko poseía como nadie los dotes y conocimientos necesarios para asumir el mando supremo de la Plaza. A pesar de esto su influencia no se hubiera hecho sentir si no fuera porque le adornaban otras prendas personales. De trato afable y distinguido, joven, modesto, activo, de una fuerza de voluntad extraordinaria, tenía el don de gentes, y sus consejos eran escuchados con agrado lo mismo por Stössel, que por Smirnoff y Fok. Idolatrado por la tropa, con la que compartía las privaciones y peligros, con sencillez, obscuramente, sin alardes ni ostentaciones, Kondratenko fué el verdadero defensor de Port-Arthur. A su lado se agruparon otros generales y un núcleo de jefes y oficiales cuyos destinos les libraban de someterse á las penalidades de las trincheras, y de un modo anormal, casi privado, funcionó un Estado Mayor, que no era el de Stössel, ni el de Smirnoff, que infundió una nueva alma en la guarnición é hizo latir todos los corazones al unisono.

No se crea, sin embargo, que Kondratenko adoptó una actitud independiente, que se rozara con la indisciplina. Hay que hacer justicia á Stössel y no regatearle el mérito de haberse hecho cargo de la situación. Convencido de que la tarea de defender Port-Arthur era superior á sus fuerzas, Stössel puso toda su confianza en Kondratenko, no le negó jamás su apoyo, y jamás vaciló en adoptar las resoluciones que éste le sugiriera.

Pero esto mismo tuvo deplorables consecuencias. Confiando en Kondratenko, Stössel sacudió la tutela de los demás generales, y dictó algunas órdenes que sin referirse directamente á la defensa, disgustaron á Smirnoff, y á no pequeña parte de la guarnición. No se enteró Kondratenko, siempre en los puntos de peligro, de lo que acontecía en la plaza, y el resultado fué que detrás de aquellas legiones que pensando en Dios, en la patria y en el Tsar se batían como leones, germinaba la división, y las

pasiones personales se anteponían al patriotismo.

El Dios de los ejércitos, que de tantos riesgos y peligros había librado á los generales japoneses, se mostró inexorable con los rusos. Pereció el conde Keller, el mejor de los comandantes de cuerpo de ejército; Makaroff, único almirante que podía haber conducido á la victoria las naves rusas, encontró la muerte á bordo del *Petro-pavlovsk*; Vitgeft, que aún con sus defectos era irremplazable al frente de la escuadra, murió en el *Tsarevitch*, y el héroe de Port-Arthur, el insigne Kondratenko, perdió la vida el 15 de Diciembre. Con su muerte se derrumbó, como un castillo de naipes sacudido por el viento, la defensa de Por-Arthur. Stössel había quedado incapacitado para continuarla, y ninguno de sus subordinados era capaz de dirigirla.

Los fuertes del frente Oriental en los que no pudo sentar su planta el sitiador mientras vivió Kondratenko, cayeron al primer empuje de los japoneses; antes que ellos, al derrumbarse á tierra el cuerpo de Kondratenko se abatió el espíritu del sitiado y quedó fallada irremisiblemente la suerte de la plaza.

¿Quién sabe el sesgo que hubiera tomado la guerra si Makaroff y Kondratenko hubiesen continuado con vida?

Ocho meses de aislamiento y siete de continuos ataques soportaron los esforzados defensores de la plaza. Ante los muros de ella sufrieron tremendos desastres los japoneses, sin que decayera su ánimo, ni dejara de brillar su bravura á toda prueba.

Port-Arthur será siempre un timbre de gloria para rusos y japoneses, adversarios dignos el uno del otro; los nippones recordarán aquel nombre con orgullo, y con tristeza los rusos: allí se hundió la escuadra y los generales dieron un lamentable ejemplo á sus soldados; pero éstos, inflamados por Kondratenko, volvieron por el honor de Rusia, y escribieron una página que la Historia recordará eternamente.

JUAN AVILÉS  
Comandante de Ingenieros

13 Octubre, 1905

Imp. CASTILLO.

# La Guerra Ruso Japonesa

SUMARIO: El nuevo tratado anglo-japonés, por F. Larin.—El capitán Mankovski y sus voluntarios.—La Sanidad naval japonesa.—El carácter japonés.—Resumen de la guerra, por Juan Avilés, comandante de Ingenieros.



El capitán Mankovski y sus voluntarios

## EL NUEVO TRATADO

### ANGLO-JAPONÉS

Convenio entre el Reino Unido y Japón,  
firmado en Londres, el 12 de Agosto, 1905

#### PREÁMBULO

Los Gobiernos de la Gran Bretaña y Japón, deseosos de substituir el Convenio estipulado entre ellos el 20 de Enero, 1902, por nuevas estipulaciones, han convenido

en los siguientes artículos, cuyo objeto es:  
a.—La consolidación y el mantenimiento de la paz general en las regiones del Asia Oriental y de la India.

b.—La preservación de los intereses comunes de todas las potencias en China, mediante la conservación de la independencia é integridad del Imperio Chino, y el principio de iguales ventajas para el comercio y la industria de todas las naciones en China.